



¡Rumbo a Poniente!

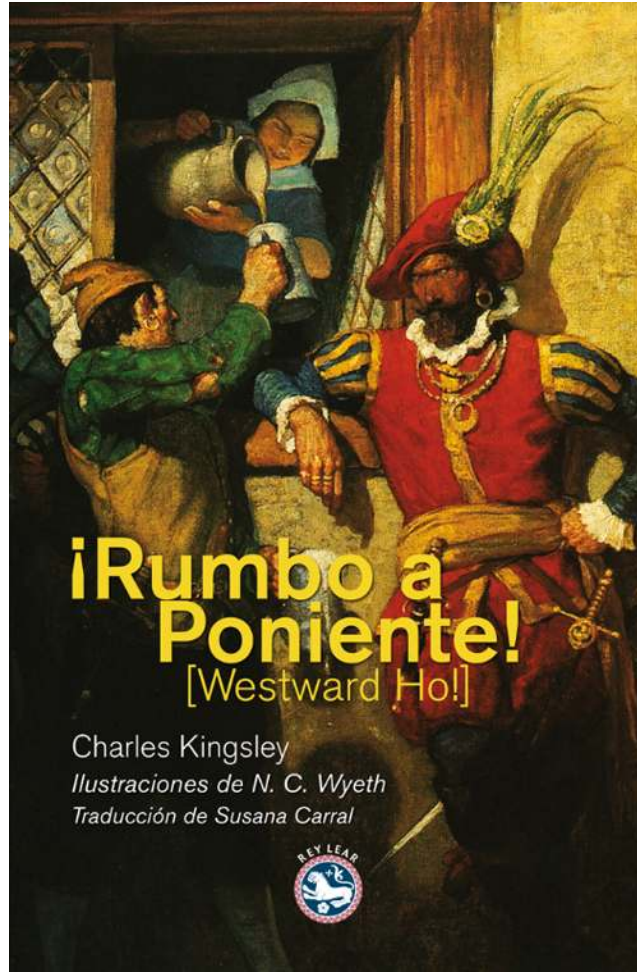
[Westward Ho!]

Charles Kingsley

Ilustraciones de N. C. Wyeth

Traducción de Susana Carral





¡Rumbo a Poniente!

[Westward Ho!]

Charles Kingsley
Ilustraciones de N. C. Wyeth
Traducción de Susana Carral



REY LEAR



REY LEAR [44]

¡RUMBO A PONIENTE!

O LOS VIAJES Y AVENTURAS DE SIR AMYAS LEIGH, CABALLERO DE BURROUGH, EN EL CONDADO DE DEVON, DURANTE EL REINADO DE SU MÁS GLORIOSA MAJESTAD, LA REINA ISABEL



PRIMERA EDICIÓN EN REY LEAR, NOVIEMBRE DE 2011
Titulo original: *WESTWARD HO!*, 1855
(Basada en la publicada en 1920 en Nueva York por Charles Scribner's Sons)

Edita: REY LEAR, S.L.

www.reylear.es

© De la traducción, Susana Carral, 2011
Cubierta e ilustraciones interiores de N. C. Wyeth, 1920
Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© REY LEAR, S.L.

Alberto Alcocer, 46 – 3º B
28016 Madrid

ISBN: 978-84-92403-91-2

Diseño y edición técnica: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Producción: REY LEAR

Los eBooks no son transferibles. No pueden ser vendidos, compartidos o regalados ya que esto constituye una violación a los derechos de esta obra. El escaneo, carga y distribución de este libro vía Internet o vía cualquier otro medio sin el permiso del editor es ilegal y castigado conforme a la ley. Por favor compre solamente ediciones electrónicas autorizadas y no participe o fomente la piratería electrónica de materiales protegidos con derechos de autor.

LIBRO SIN LIBRO, 2011

www.librosinlibro.es

¡RUMBO A PONIENTE!

O LOS VIAJES Y AVENTURAS DE SIR AMYAS LEIGH, CABALLERO
DE BURROUGH, EN EL CONDADO DE DEVON, DURANTE EL
REINADO DE SU MÁS GLORIOSA MAJESTAD, LA REINA ISABEL

Charles Kingsley

Ilustraciones de N. C. Wyeth

Traducción de Susana Carral









PRESENTACIÓN

HIJA DE ENRIQUE VIII, monarca propenso a cortar la cabeza a sus esposas, y de Ana Bolena —una de las descabezadas por el verdugo real—, Isabel I de Inglaterra (1533-1603) no se casó nunca y se ganó el sobrenombre de la *Reina Virgen*, aunque muchos la acusan de haber compartido más de una noche de alcoba y lecho con Francis Drake y otros piratas a los que, si no su cuerpo, sí entregó el título de Sir.

Y así Drake o John Hawkins han pasado a la historia de Inglaterra como héroes y a la española como villanos. Es conveniente hacer esta advertencia porque el protagonista de *¡Rumbo a Poniente!*, Amyas Leigh, caballero de Su Graciosa Majestad la reina Isabel, sería para los españoles un completo villano por mucho que Charles Kingsley lo haya convertido en uno de los personajes más admirados y queridos de la literatura inglesa del siglo XIX.

Lo cierto es que la anglicana reina de Inglaterra y el católico Felipe II, a la sazón rey de España, compartieron afán por el dominio del mar como gobernantes de los dos países europeos con más kilómetros de costa. Empeño en el que España, diga lo que diga Kingsley y pese al desastre de la Armada Invencible que tangencialmente recoge esta novela, ganó la partida hasta que dos siglos más tarde el almirante Nelson derrotó a la Armada española —mal capitaneada por el francés Villeneuve— en la batalla de Trafalgar.

Allí, a orillas del Atlántico y muy cerca de Cádiz, se acabó en 1805 el dominio marítimo español y se tejieron los primeros mimbres de lo que posteriormente se denominaría Commonwealth, que es como los británicos denominan a su antiguo imperio colonial. Pero esa es otra historia.

Por tanto, el lector debe tener claro que, cuando rinden fidelidad a la historia, las hazañas de los protagonistas de *¡Rumbo a Poniente!* no son más que hechos aislados, batallas de una guerra perdida en esa época por los ingleses. Y que el propio Drake, tan molesto para los intereses españoles,

acabó derrotado y muerto de disentería en 1596 en el Caribe, donde la luz de la Corte de Felipe II se encendía cuando se apagaba en sus territorios europeos.

Tal vez sea esa animosidad contra lo español lo que explique la escasa fortuna que ha tenido por estos pagos *Westward Ho!*, considerada un clásico de la literatura inglesa de aventuras y uno de los grandes libros de piratas y marinería del siglo XIX. Su fama es tal que da nombre a un pueblo de Devon, el único de toda Gran Bretaña que lleva admiración. Y *Westward Ho!* se llamaba también el colegio donde Rudyard Kipling estudió interno y en el que se inspiró para escribir su libro *Stalky & Co.*

A golpes con los papistas

Charles Kingsley, del que REY LEAR ha publicado anteriormente su otra obra clásica, *Los niños del agua*, nació en 1819 en Holne, localidad de Devonshire próxima a Dartmoor. Hijo de un clérigo protestante, estudió en el King's College de Londres y en Cambridge y a los cuarenta años fue nombrado capellán de la reina Victoria.

Convencido liberal e idealista, creó el grupo de los socialistas cristianos, lo que le enfrentó a los sectores más conservadores de la Iglesia anglicana comandados por el vicario John Henry Newman, que acabaría siendo ordenado cardenal de la Iglesia apostólica romana y beatificado en 2010 por el papa Benedicto XVI. Hasta su muerte en 1875 en Eversley, localidad del condado de Hampshire, Kingsley fue el látigo que más escoció a Newman. No le concedió tregua desde todos los púlpitos en los que pudo hacer oír su palabra: la Universidad de Cambridge, donde impartió historia moderna, la abadía de Westminster, de la que fue canónigo...

El acoso y derribo a los papistas conduce en *Los niños del agua* a que los malos sean los irlandeses, mayoritariamente católicos. En *¡Rumbo a Poniente!* los palos caen sobre los españoles, apostólicos y romanos y, por tanto, también encuadrados en las filas papistas que Kingsley aborrece. Si en *Los niños del agua* se ejercía una defensa a ultranza de las tesis

darwinistas cuestionadas por Newman, en esta ocasión es la Inquisición lo que le da pie para abofetear a placer a los caballeros, frailes y jesuitas procedentes de España, que en esta novela se llevan las tortas más sonoras; mal vicio resulta aquí ese de poner la otra mejilla.

Aunque en honor a la verdad, Kingsley no es un autor de blancos y negros, tan a la moda en los actuales catálogos de *best sellers*. Su paleta literaria ofrece amplia gama de grises. Y así, el mayor malvado de *¡Rumbo a Poniente!* es natural de Devon —católico, eso sí— y el español con más papel de esta historia resulta ser tan intrépido, valiente y romántico como el mejor de los caballeros —para nosotros piratas— ingleses.

Subyace bajo el odio hacia el enemigo admiración reflejada en las numerosas citas a los navegantes y conquistadores españoles, que siempre han llegado a los sitios mucho antes que los ingleses y que son mencionados repetidamente en esta novela hasta con envidia.

Susana Carral ha luchado en su traducción para mantener el espíritu marinero del original, ha anotado el texto con precisión y economía y no le ha temblado el pulso para defender a España a pie de página cuando lo ha considerado imprescindible, pero como cualquier lector de *¡Rumbo a Poniente!* ha sido la primera en caer rendida ante el poderío narrativo de Kingsley.

Antes que ella también sucumbió N. C. Wyeth, el gran dibujante norteamericano discípulo de Howard Pyle, que fundamentalmente ha pasado a la historia por la calidad de los veinticinco libros que ilustró para la editorial neoyorquina Charles Scribner's Sons. El primero de ellos, *La isla del tesoro* de Robert Louis Stevenson, se publicó en 1911. *Westward Ho!* lo ilustró nueve años después, en 1920, y el resultado es tan asombroso como el texto que pone en imágenes.

Ofrecer por primera vez en su versión íntegra *¡Rumbo a Poniente!* de Charles Kingsley, y hacerlo incorporando los óleos de Wyeth es una de esas suertes que los editores persiguen con la misma intensidad que los caballeros piratas de la *Reina Virgen* ansiaban el oro del Caribe español y el calor del lecho de su soberana.

Es de esperar que el reto depare similar fortuna.

EL EDITOR

¡RUMBO A PONIENTE!

O LOS VIAJES Y AVENTURAS DE SIR AMYAS LEIGH, CABALLERO
DE BURROUGH, EN EL CONDADO DE DEVON, DURANTE EL
REINADO DE SU MÁS GLORIOSA MAJESTAD, LA REINA ISABEL





ESTE LIBRO ESTÁ DEDICADO AL RAJÁ DE
SARAWAK, SIR JAMES BROOKE, CABALLERO
COMANDANTE DE LA ORDEN DEL BAÑO, Y A
GEORGE AUGUSTUS SELWYN, OBISPO DE NUEVA
ZELANDA

Por quien (desconocido para ellos) no puede expresar de otra
forma la admiración y veneración que siente hacia sus
personas.

Esa clase de virtud inglesa, a la vez viril y piadosa, práctica
y entusiasta, prudente y abnegada que ha intentado plasmar
en estas páginas, ellos la han mostrado de forma aún más
pura y heroica de lo que él la ha presentado, y de lo que la
mostraron los más nobles de los que Isabel, sin distinción de
rango o edad, se rodeó para luchar en las gloriosas guerras
de su grandioso reinado.

C. K.

Febrero, 1855

CAPÍTULO I

DE CÓMO EL SR. OXENHAM VIO EL PÁJARO BLANCO

«El hueco roble es nuestro palacio,
Nuestro patrimonio el mar».

Escota mojada y marea alta, ALLAN CUNNINGHAM

TODOS LOS QUE HAN RECORRIDO los deliciosos paisajes del norte de Devon deben conocer la pequeña villa de Bideford, que asciende desde su ancho estuario recubierto de arena dorada hasta las agradables tierras altas del Oeste. Allí se ubica la vieja villa, alegre bajo el cielo difuminado, acariciada día y noche por la fresca brisa del mar, que evita tanto las cortantes heladas del invierno como los terribles calores del interior; y así de alegre lleva allí unos ochocientos años, desde que el primer Grenvile, primo del Conquistador, al regresar de la conquista del sur de Gales trajo consigo a los fieles siervos sajones, a los libres piratas nórdicos, con sus rizos dorados, y a los oscuros britanos silúricos de la costa de Swansea; y toda esa mezcla de sangres que sigue aportando a las gentes marineras del condado su fuerza, su intelecto y, a pesar del tiempo transcurrido, su peculiar belleza de rostro y de formas.

Pero en la época sobre la que escribo, Bideford no sólo era una agradable población cuyo muelle frecuentaban algunas embarcaciones de cabotaje. Era uno de los principales puertos de Inglaterra: proporcionó siete naves para luchar contra la Gran Armada e, incluso un siglo después, de allí salieron más navíos para el comercio con el Norte que de cualquier otro puerto inglés, a excepción de Londres y Topsham. A la vida y las labores marinas de Bideford, Dartmouth, Topsham y Plymouth (que entonces era un

lugar insignificante), y muchas otras poblaciones pequeñas del Oeste, debe Inglaterra el fundamento de su gloria naval y comercial. Es a los hombres de Devon, los Drake y los Hawkins, los Gilbert y los Raleigh, los Grenvile y los Oxenham, y un sinfín de «notables olvidados» de los que algún día sabremos más para honrarlos como merecen, a quienes debe su comercio, sus colonias y su propia existencia.

Escribo este libro en recuerdo de esos hombres, de sus viajes y sus batallas, de su fe y su valor, de sus vidas heroicas y sus muertes no menos heroicas.

Una clara tarde de verano del año de gracia de 1575, un joven alto y apuesto paseaba por el muelle de Bideford con su bata de escolar, cartera y pizarra en mano, observando con nostalgia los barcos y los marineros hasta que, justo después de sobrepasar el extremo inferior de High Street, quedó frente a una de las muchas tabernas que daban al río. En la ventana salediza, que estaba abierta, se sentaban los comerciantes y los caballeros, disertando empujados por los tragos de oloroso de la tarde; y en el exterior, junto a la puerta, un grupo de marineros escuchaba con atención a un hombre que se encontraba en el medio. El joven, deseoso de oír cualquier noticia relacionada con el mar, no puede evitar acercarse a ellos y colocarse entre los grumetes que espiaban y murmuraban bajo los hombros de los marineros; y así llega a tiempo de escuchar el siguiente discurso, pronunciado con voz alta y fuerte, con un claro acento de Devonshire y una buena muestra de juramentos:

—Si no me creéis, id a verlo, o quedaos aquí de brazos cruzados. Yo os digo, por mi honor de caballero, que lo vi con mis propios ojos y también lo vio Salvation Yeo, aquí presente, a través de una ventana de la sala inferior; y aquel montón medía, por mi honor de hombre bautizado, veinte metros de largo por tres de ancho y tres y medio de alto, y estaba formado por lingotes de plata que pesaban cada uno entre quince y veinte kilos. Y entonces dijo el capitán Drake: «Muchachos de Devon, os he traído a la cueva del tesoro más grande del mundo y culpa vuestra será si no la dejáis vacía como un arenque ahumado».

—Entonces, ¿por qué no habéis traído ninguno de ellos, Sr. Oxenham?

[1]

—¿Por qué no estabas allí para ayudar a transportarlos? Nos los habríamos llevado, y el joven Drake y yo ya habíamos roto la puerta y todo, pero el capitán Drake se desplomó inconsciente; cuando fuimos a mirar, tenía una herida en la pierna en la que cabían tres dedos, y las botas llenas de sangre; había estado aguantando durante más de una hora: pero él es así, no se entera de que está herido hasta que cae desmayado. Entonces su hermano y yo lo llevamos a los botes, mientras él luchaba por soltarse y nos ordenaba que lo dejásemos seguir peleando, aunque cada paso que daba en la arena dejaba una charca de sangre; y así nos fuimos. Decidme, hijos de un arenque desovado, ¿no era mejor salvarlo a él que a aquella sucia plata? Porque por la plata podemos volver: por mucho pescado que se saque del mar, aún queda más dentro; y en Nombre de Dios hay tanta plata que llegaría para pavimentar todas las calles del suroeste de Inglaterra y sobraría; pero capitanes como Franky Drake no hay más que uno, y si lo perdemos, yo digo que ya puede Inglaterra despedirse de su suerte; quien no esté de acuerdo que elija las armas, que aquí me tiene.

Quién así arengaba era un personaje alto y robusto, de rostro colorado, barba negra y unos ojos oscuros, inquietos y de mirada audaz, que se apoyaba contra la pared de la casa con las piernas cruzadas y los brazos en jarras; y que a ojos del escolar se trataba como poco de algún prohombre, algún príncipe o duque. Vestía (en contra de las leyes suntuarias de la época) un traje de terciopelo carmesí un poco estropeado, quizás, por el uso; al costado llevaba un largo estoque español y un par de dagas de llamativa empuñadura; en sus dedos refulgían los anillos; del cuello colgaban dos o tres cadenas de oro, y de las orejas, grandes aros, detrás de uno de los cuales se sujetaba una rosa roja entre los rizos de cabello negro y lustroso; sobre la cabeza, un amplio sombrero español de terciopelo en el que, en lugar de una pluma, un gran broche de oro sujetaba un quetzal entero cuyo hermoso plumaje enrejado en verde y oro brillaba como una piedra preciosa. Al terminar su parlamento, se quitó dicho sombrero y, mirando al ave que lo adornaba, dijo:

—Mirad, muchachos, ¿habíais visto alguna vez un ave como esta? Es el ave que los antiguos reyes indios de México usaban como distintivo real, sin permitir que nadie más la luciera; por eso yo la llevo; yo, John Oxenham de South Tawton, para indicar que, así como los españoles son los amos de los indios, nosotros, los valientes de Devon, somos los amos de los españoles.

Y volvió a ponerse el sombrero. Se oyeron algunos aplausos, pero alguien insinuó que tal vez los españoles habían sido demasiados para enfrentarse a ellos.

—¿Demasiados? ¿Cuántos hombres tomamos Nombre de Dios? Éramos no más de setenta y tres cuando salimos de Plymouth Sound; antes de ver el Caribe español, la mitad de ellos estaban agotados, «gastados» como dicen los fijosdalgo, por el escorbuto; en Puertofaisanes, el capitán Rawse de Cowes se unió a nosotros, lo que nos aportó unos treinta hombres más. ¡Y ese puñado, muchachos, sólo cincuenta y tres en total, forzó la cerradura del nuevo mundo! ¿A quién perdimos sino a nuestro pregonero, que se quedó en pie rebuznando como un asno en medio de la plaza en lugar de cuidar su pellejo, como todo buen cristiano? Os lo aseguro, esos españoles son cobardes de primera, como todos los fanfarrones. ¡Y le rezan a una mujer, los muy idólatras! Así que no es de extrañar que luchen como mujeres.

—Tenéis razón, capitán —gritó un tipo alto y delgado que se hallaba cerca de él—, uno del Oeste es capaz de luchar contra dos del Este, y uno del Este puede vencer a tres fijosdalgo con los ojos cerrados. ¿Verdad, muchachos de Devon?

«Porque con los arenques y la carne roja,
La sidra y la crema, tan jugosa;
Los muchachos de Devon no tienen falla,
Ni en el juego ni en la batalla».



JOHN OXENHAM.

*A ojos del escolar se trataba como poco de algún prohombre,
algún príncipe o duque.*

—¡Vamos! —dijo Oxenham— ¡Venid! ¿Quién se enrola? ¿Quién se enrola? ¿Quién quiere hacer fortuna?

«¿Quién se enrola, hombres de la mar?
¿Quién está dispuesto a zarpar,
Y llenarse los bolsillos de oro
Navegando en busca de un tesoro?»

—¿Quién se enrola? volvió a gritar el hombre delgado ¡Es vuestra oportunidad! Ya tenemos cuarenta hombres en Plymouth dispuestos a zarpar tan pronto regresemos, y queremos una docena de hombres de Bideford, como vosotros, y uno o dos muchachos, y entonces nos iremos a hacer fortuna, o directos a los cielos.

«Nuestros cuerpos en el fondo del mar,
Las almas en el cielo, a descansar
Donde todos los hombres de mar, tan decididos,
Serán para siempre bendecidos»

—Espero —dijo Oxenham— que no permitiréis que los hombres de Plymouth digan que los de Bideford no se han atrevido a seguirlos. El norte de Devon contra el sur. ¿Quién se apunta? ¿Quién se apunta? Después de todo, no es tan lejos y, una vez pasado el cabo Finisterre, es casi como navegar en un lago. Haré el viaje de ida y vuelta en un barco para pescar arenques de Clovelly por una apuesta de veinte libras sin necesidad de parar a hacer aguada. ¿Quién se apunta? No penséis que os doy gato por liebre. Conozco el camino y Salvation Yeo, que era el segundo artillero, conoce el estrecho mar tan bien como yo, o mejor. Pedidle que os muestre la carta del lugar y ya veréis si os cuenta o no la travesía tan bien como el propio Drake.

Tras lo cual, el hombre delgado sacó de debajo del brazo un gran cuerno de búfalo cubierto con toscos grabados de tierra y mar, y se lo mostró al

público expectante.

—Ahí lo tenéis, muchachos, mirad el plano del lugar, tan natural como la vida misma. Me lo dio un portugués de las Azores; él fue quien me lo grabó con todos los sitios a los que había navegado y con todo lo que había visto. Toma, cógelo en la mano Simon Evans, cógelo; míralo bien y te aseguro que en cinco minutos conocerás tan bien el camino como cualquier tiburón.

El cuerno pasó de mano en mano, mientras que Oxenham, al ver que sus oyentes empezaban a convencerse, pidió por la ventana abierta una jarra grande de oloroso, que fue pasando de mano en mano tras el cuerno.

El escolar, que había devorado con ojos y oídos todo lo que ocurría, y para entonces ya había conseguido llegar a la primera fila del grupo, se encontraba cara a cara con el héroe de la cresta esmeralda, y aprovechó para echar a aquel portento tantas ojeadas como pudo. Pero cuando vio que los marineros, uno detrás de otro, después de pensárselo un poco, daban un paso al frente y aceptaban enrolarse con el Sr. Oxenham, empezó a desear ver de cerca aquel asombroso cuerno de efectos tan mágicos como el de Tristán o el del nigromante de Ariosto. Y cuando el grupo empezó a deshacerse y Oxenham entraba en la taberna con sus nuevos marineros, pidió con audacia que le dejaran ver de cerca aquella maravilla, cosa que le concedieron de inmediato.

Ante sus asombrados ojos se desplegaron ciudades y puertos, dragones y elefantes, ballenas luchando con tiburones, grandes navíos españoles, islas con monos y palmeras, cada una con su nombre escrito encima, y aquí y allá «Aquí hay oro», o «Mucho oro y plata», seguramente grabado por las manos del propio Oxenham, ya que las palabras estaban en inglés. Despacio, con atención, el joven le dio una vuelta tras otra. ¡Oh, si lograra poseer aquel cuerno, ¿qué más podría pedir en ese mundo?!

—Decidme, ¿lo vendéis?

—Sí, hombre, y hasta te vendo mi alma si me la pagas bien.

—Quiero el cuerno, no quiero vuestra alma, que seguramente ya estará viciada, y en la bahía hay muchas inocentes.

Con que, después de algún otro comentario propio de un muchacho, sacó medio chelín (el único que tenía) y preguntó si sería suficiente para comprarlo.

—¿Eso? ¡No! ¡Ni veinte iguales!

El joven pensó qué haría un buen caballero errante en su lugar, y luego dijo:

—Ya sé: os lo ganaré luchando.

—¡Gracias, señor!

—Rompedle la cabeza a ese mequetrefe, Yeo —dijo Oxenham.

—Si volvéis a llamarme mequetrefe os romperé yo la vuestra, señor.

El chico levantó el puño, vehemente. Oxenham se lo quedó mirando, sonriendo:

—¡Oye, oye! Hombretón, métete con uno de tu tamaño, anda, y no molestes a los pequeños como yo.

—Aunque tenga la edad de un chico, señor, mi puño es el de un hombre. Este mes cumpliré quince años, y sé responder ante cualquiera que me insulte.

—¿Quince, mi joven gallito? Pues parece que tienes veinte dijo Oxenham, observando con admiración el ancho de los miembros del muchacho, sus penetrantes ojos azules, sus rizos dorados y su rostro redondo, de gesto sincero—. ¿Quince? Si contara con media docena de jóvenes como tú, haría de ellos caballeros antes de morir, ¿eh, Yeo?

—Servirá —dijo Yeo—, dentro de un año o dos será un gallo de pelea valiente, si se atreve a alborotar tan pronto frente a un gallo viejo como el capitán.

Lo que provocó una risotada general, en la que Oxenham participó tanto como el que más, y luego le pidió al chico que le contara por qué tenía tanto empeño en hacerse con el cuerno.

—Porque —contestó levantando la vista con audacia— quiero embarcarme. Quiero ver las Indias. Quiero luchar contra los españoles. Aunque soy hijo de caballero, de buena gana subiría a bordo de vuestro barco como grumete.

El joven, después de haber dicho lo que quería decir con la pasión merecida, bajó de nuevo la mirada.

—Y así será —gritó Oxenham, añadiendo un juramento—. ¿De quién sois hijo, mi gallardo camarada?

—Del Sr. Leigh de Burrough Court.

—¡Bendito sea! Lo conozco tan bien, a él y a su cocina, como a las rocas de Eddystone. ¿Quién cena hoy con él?

—Sir Richard Grenvile^[2].

—¿Dick Grenvile? No sabía que estaba aquí. Id a casa y decidle a vuestro padre que John Oxenham irá a hacerle compañía. ¡Vamos, marchaos ya! Aclararé el asunto con el buen caballero y podréis correr aventuras conmigo; en cuanto al cuerno, dádselo, Yeo, que yo os daré un noble a cambio.

—Ni un penique, noble capitán. Si el joven amo desea aceptar el regalo de un pobre marinero, aquí lo tenéis, por respeto a la llamada de la mar y para que el cielo os depare lo mejor.

El buen hombre, con esa generosidad impulsiva del verdadero marino, hundió el cuerno en las manos del chico y se alejó caminando para evitar que le diera las gracias.

—Y ahora —dijo Oxenham—, amigos, antes de salir a por el botín, pensad si sois hombres de palabra. No quiero ver por aquí a ninguna de esas sabandijas que acechan en la costa para sacarle cinco libras a este capitán y diez al otro; que no se hacen a la mar al final y se quedan de polizones bajo los embozos de las mujeres o en los sótanos de las tabernas. Si algún hombre es de esos, será mejor que se trocee y se ponga en salazón como la carne de cerdo antes de encontrarse de nuevo conmigo; porque os advierto que cuando lo atrape, aunque hayan pasado siete años, le rebanaré el pescuezo allí mismo. Pero para quien se porte conmigo como un hermano, yo seré un hermano también, tanto en el naufragio como en el botín, en la tormenta o en la calma, en agua salada o dulce, con provisiones o sin ellas, lo compartiremos todo y viviremos igual; ¡Y aquí va mi mano como señal para todos y cada uno de mis hombres! Y vamos...

«Rumbo a Poniente, con el sol,
En busca del Caribe español».

Dicho esto, el Sr. Oxenham entró pavoneándose en la taberna seguido de sus nuevos hombres, y el chico se puso en camino hacia su casa, llevando su preciado cuerno con el mayor de los cuidados, temblando de miedo y de esperanza, ruborizándose de vergüenza por la sensación de haber hecho mal al confesarle a un desconocido el deseo que había ocultado a su padre y a su madre desde que tenía diez años.

Este joven caballero, Amyas Leigh, a quien he elegido como héroe y centro de esta historia, no era, salvo por su aspecto, eso que hoy en día consideraríamos un joven «interesante», y menos aún uno «muy cultivado»; porque, con la excepción de un poco de latín que le habían metido en la cabeza a base de golpes como si fuese un clavo, no conocía más libros que la Biblia, el libro de oraciones, la vieja edición de Caxton de *Le Mort d'Arthur*, que siempre estaba en el alféizar de la gran ventana del salón, y la traducción de la *Historia general de las Indias* de Fray Bartolomé de las Casas —situada junto a la anterior—, que había sido vertida al inglés hacía poco bajo el título de *Las crueldades de los españoles*. Creía ciegamente en las hadas y en los duendes, y afirmaba que intercambiaban a los bebés y hacían que las setas de las colinas crecieran en círculos para bailar en su interior. Cuando tenía verrugas o llagas, acudía a la bruja buena de Northam para que las hiciera desaparecer con sus hechizos; creía que el sol giraba alrededor de la tierra, que la luna tenía algo que ver con un queso de Cheshire, y afirmaba que las golondrinas dormían todo el invierno en el fondo del abrevadero de los caballos. Sin embargo, había aprendido algunas cosas que en ninguna escuela de Inglaterra le habrían enseñado ahora, porque su adiestramiento era el de los antiguos persas: «Decir la verdad y disparar el arco», dos virtudes bárbaras que había adquirido a la perfección, además de las de soportar el dolor con alegría y creer que lo mejor del mundo era ser un caballero, virtudes igualmente bárbaras. De esa forma lo

habían enseñado a comprender la prudente costumbre de no causar daños innecesarios a ningún ser humano, ya fuese pobre o rico, y a enorgullecerse de renunciar a su propio placer por el bien de aquellos que eran más débiles que él. Además, al habersele confiado aquel mismo año la doma de un potro y el cuidado de una nidada de crías de halcón, que su padre había recibido de la isla de Lundy, había mejorado mucho en perseverancia, consideración y el hábito de mantener la calma. Conocía los nombres y las costumbres de todas las aves, los peces y las moscas, y era capaz de leer con tanta habilidad como el más experimentado de los marinos el significado de cualquier movimiento de las nubes que surcaban los cielos. Por último, debido a lo extraordinario de su tamaño y de su fuerza, llevaba ya bastante tiempo siendo el gallito invicto de la escuela, y el contendiente más duro de todos los chicos de Bideford; y aunque parezca extraño, se deleitaba en extraer el bien de esa situación —y lo conseguía—, no sólo para sí, sino también para otros, impartiendo justicia entre sus compañeros con mano firme, socorriendo a los oprimidos, a las víctimas; de manera que se había convertido en el terror de todos los marinerillos y en el orgullo y el puntal de todos los chicos y chicas del pueblo, y le parecía que no había cumplido con su deber vocacional si se iba a casa sin haberle pegado a un chaval grande por haber molestado a otro pequeño. En cuanto a lo demás, nunca pensaba en pensar, ni sentía por sentir; y no tenía más ambiciones que complacer a su padre y a su madre, y hacerse a la mar cuando fuera lo bastante mayor.

Así que observémoslo marchar colina arriba, mientras abraza su cuerno, para contarle todo lo ocurrido a su madre, a quien nunca le ha ocultado nada en su vida, salvo la fiebre por el mar; y eso porque se daba cuenta de que la haría sufrir; y porque, al ser un joven prudente y sensato, sabía que aún no tenía edad suficiente para irse y que, tal y como le dijo a ella aquella misma tarde, «de nada servía cantar victoria antes de luchar la batalla».

Asciende entre las fértiles orillas de la vereda repletas de helechos colgantes y madre selvas, recorre la tortuosa colina hacia la vieja residencia, enclavada en un círculo de robles podados por el viento; atraviesa la entrada gris que lo lleva al jardín delantero, y entonces se detiene un momento para

mirar a su alrededor. Bajo él, a su derecha, el río Torridge, como un lago encerrado por la tierra, duerme ancho y brillante entre el viejo parque de Tapeley y la roca encantada de Hubbastone, donde hace setecientos años los piratas escandinavos saltaron a tierra para sitiar el castillo de Kenwith, a una milla a su izquierda; y ni a tres campos de distancia se encuentran las viejas piedras del «rincón sangriento», donde los daneses en retirada, aislados de sus naves, realizaron un último e inútil esfuerzo por enfrentarse al magistrado sajón y a los valientes hombres de Devon. En el interior de la roca encantada —según cuentan los barqueros del Torridge— duerme el viejo vikingo nórdico en su ataúd de plomo, con su tesoro fantástico y su corona de noble metal. Mientras el chico mira hacia allí imagina, casi lo espera, el día en que deba cumplir con su deber contra el invasor, con tanta audacia como los hombres de Devon lo hicieron entonces. A lo lejos, muy abajo, empujados por la suave brisa del Sudeste, los majestuosos navíos se deslizan hacia alta mar. ¿Cuándo navegará él a bordo de uno de ellos y verá las maravillas de las profundidades? Y mientras permanece allí quieto, el corazón latiéndole, la mirada encendida, con la brisa silbando entre sus largos rizos dorados, es un símbolo, aunque él no lo sabe, de la valiente y joven Inglaterra, deseosa de abrirse camino fuera de la isla que la aprisiona, de descubrir y comerciar, de colonizar y civilizar hasta que no haya viento barriendo la tierra que no transporte los ecos de una voz inglesa. ¡Paciencia, joven Amyas! Zarparás hacia Poniente persiguiendo tus sueños y presenciarás magníficas batallas, y realizarás hazañas encomiables, como las que ningún hombre ha presenciado o realizado desde la creación del mundo.

El Sr. Oxenham llegó a cenar aquella noche, tal y como había prometido, pero ya que en aquellos tiempos la gente cenaba más o menos como se hace ahora, podemos perder el hilo del relato durante unas horas y recuperarlo cuando hayan terminado de comer.

—Vamos, Dick Grenville, vos convenced al buen hombre y yo me comprometo a hablar con su buena esposa.

El personaje al cual Oxenham se había dirigido con tanta familiaridad respondió con una sonrisa sarcástica y un:

—Le dice el Sr. Oxenham a Dick Grenvile.

Con énfasis suficiente en el «señor» y en el «Dick» para indicar que se había tomado ciertas libertades con él.

Sir Richard Grenvile era un personaje verdaderamente heroico, un caballero prudente y gallardo, bueno para todos los hombres buenos, malo para todos los hombres malos, en cuya presencia nadie osaba decir o hacer algo mezquino o procaz, de quien los hombres valientes se separaban con los nervios templados para cumplir mejor con su deber, mientras los cobardes se ocultaban como murciélagos o lechuzas ante el sol. Así vivía y actuaba, ya fuese en la corte de Isabel dando su consejo entre los más sabios, o en las calles de Bideford, reverenciado tanto por el hidalgo como por el comerciante, el tendero o el marino; o cabalgando por los caminos del páramo entre sus casas de Stow y Bideford, mientras todas las mujeres corrían a la puerta de sus viviendas para ver pasar al gran Sir Richard, el orgullo del norte de Devon; siempre el mismo hombre firme, temeroso de Dios y caballeroso, consciente del orgullo de una raza y de un nombre que descendían directamente del abuelo del Conquistador, y que desde hacía siglos se reconocían por sus valientes hazañas y los nobles beneficios aportados a su condado natal, siendo él mismo el más noble de su raza. Los hombres decían que era orgulloso, pero es que no podía mirar a su alrededor sin ver algo de lo que sentirse orgulloso; que era severo y duro con sus marineros, aunque sólo cuando notaba en ellos cualquier indicio de cobardía o falsedad; que por momentos se dejaba llevar por tales ataques de furia, que lo habían visto agarrar las copas de la mesa, hacerlas pedazos con sus dientes y tragárselas, pero eso sólo ocurría cuando algún relato de opresión o crueldad provocaba su indignación, y, por encima de todo, las diabluras de los españoles en las Indias, a quienes consideraba (y con razón en aquellos tiempos) enemigos de Dios y del hombre. Esto último lo sabía muy bien Oxenham, por eso se sintió desconcertado y molesto cuando después de haber pedido permiso al Sr. Leigh para llevarse con él a Amyas y de exponer en términos elogiosos el propósito de su viaje, descubrió que Sir Richard no deseaba en absoluto ayudarlo con su demanda, por eso dijo:

—Habéis preguntado a su padre y a su madre, ¿qué han respondido?